

LA MUNDIALIZACION DE LA CRISIS GENERAL  
DEL FORDISMO : 1967-1984

Alain LIPIETZ  
(N°174)

---

La mundialización de la crisis general del fordismo: 1967-1984 \*

Alain Lipietz

Resumen

Fundada sobre un análisis en términos de "régimen de acumulación" y de "modo de regulación", esta intervención sigue el desarrollo de la crisis actual en sus aspectos internacionales desde 1967 hasta 1984. Por "internacionales" se entiende aquí unas veces las características de la crisis que se reproducen más o menos en todas las economías nacionales que adoptaron después de 1945 el modelo de desarrollo "fordista", y otras veces los mecanismos ligados a la propia interacción de las economías nacionales.

Así se distinguen: una fase de erosión del crecimiento fordista (1967-1974), una fase de administración keynesiana de la crisis (1974-1980), una "sacudida monetarista" cuyos efectos no se han disipado todavía (1980-...).

La mundialización de la crisis general del fordismo 1967-1984

En 1976, la editorial parisina *Dunod* publicó dos selecciones de artículos económicos, unos "neoclásicos", otros "marxistas" o "radicales": *Fluctuations dans une économie prospère y Rupture d'un*

*système économique*. La historia, desgraciadamente, dio la razón a los segundos. Ya nadie cuestiona hoy la duración y la profundidad de la crisis, y a pesar de la espectacular pero frágil recuperación de los Estados Unidos, muy pocos se arriesgan hoy en día a proclamar la salida del túnel. Y, sin embargo, la crisis oficialmente declarada con la "primera sacudida petrolera" en 1974 (y cuyos prolegómenos se observan retrospectivamente en los diez años anteriores), no presenta de ninguna manera la claridad, la franqueza, por así decirlo, de la de los años treinta. Su historia es ya tan tormentosa, y sobre todo la tasa de crecimiento medio se mantiene en ella tan elevada, que no resulta absurdo ver allí una sucesión de sacudidas más o menos contingentes en una evolución progresiva, al final de cuentas bastante bien controlada. Esto significaría ignorar la insostenible miseria acumulada al final de la cadena en el Tercer Mundo y hasta en las zonas de pobreza de las metrópolis más prósperas. Sería ignorar la

\* Artículo original en francés: "La Mondialisation de la crise générale du fordisme. 1967-1984", París, CEPREMAP, No. 8413, Junio 1984. Traducción de Alicia Pérez Prina y Raúl Conde.

inmensidad de las mutaciones en curso. Sería ignorar sobre todo, la generalización progresiva de la incertidumbre referente al futuro, contrastando con la exactitud de las anticipaciones que regulaban el modo de desarrollo de los gloriosos años de la posguerra. "Lo antiguo muere, lo nuevo no logra nacer": en economía también, la fórmula de Gramsci capta acabadamente la esencia de la crisis.

Es, a grandes rasgos, el fresco de esta gestación dolorosa que la presente intervención pretende describir con la ayuda de algunos trabajos recientes, a veces designados con el título de "escuela francesa de la regulación". Desde el comienzo es necesario subrayar el carácter imperfecto de dichos trabajos. Si bien lograron (en mi opinión), hacer avanzar considerablemente el análisis de las raíces de la crisis, tal como se expresa *país por país*, en particular en los Estados Unidos y en Francia,<sup>1</sup> la metodología que ellos proponen sufre graves lagunas en lo referente a la dimensión internacional, o más bien mundial, de su despliegue, y esto, lo veremos, por razones de fondo. Algunas recientes contribuciones<sup>2</sup> ofrecen, sin embargo, el esbozo de dichos desarrollos, que serán presentados aquí.

En una primera parte, recordaremos los elementos de la problemática en términos de régimen de acumulación y modo de regulación, que nos servirán para fundamentar nuestro punto de partida: el modelo de desarrollo fordista con sus aspectos in-

ternacionales. En la segunda parte, analizaremos la entrada de la crisis en ese sistema, de 1967 a 1974. La tercera parte presentará un régimen transitorio que se extiende esquemáticamente entre las dos sacudidas petroleras, régimen caracterizado por una "administración keynesiana" de la crisis en los países desarrollados, y el auge de un "fordismo periférico". La cuarta parte medirá los daños de la "sacudida monetarista". La quinta subrayará, como conclusión, la amplitud de los problemas que quedan por resolver antes de que se pueda hablar de una "salida de la crisis".

#### I. Un régimen de acumulación bien regulado: el fordismo

Comprender la crisis, comprender que ella no se reduce a impactos exógenos engendrados por la incuria de los gobernantes (el laxismo monetario) o la repentina voracidad de quienes se benefician con el producto mundial (los sindicatos de los países centrales o los rentistas de la OPEP), es comprender cómo marchaba "lo antiguo que muere", entonces en la gloria de su madurez, en la época de lo que el presidente Johnson llamó "el verano de los Estados Unidos". Pero también hay que comprender lo que era necesario hacer funcionar.

##### a) Las contradicciones de la acumulación capitalista.

Cada quien sabe que el modo de producción capitalista es una combinación de dos relaciones fundamentales: la relación mercantil y la relación salarial.

Relación mercantil: los propietarios de las unidades de producción ofrecen en el mercado el producto de compromisos de trabajo en los cuales han tomado la iniciativa. El producto de esos trabajos, independientes unos de otros, se presenta así como

un valor que debe ser socialmente validado por el cambio contra moneda: es la "realización", la venta.

Relación salarial: los propietarios de las unidades de producción compran la fuerza de trabajo de los asalariados a cambio de una cantidad de dinero que representa una cantidad de valor inferior a la que ellos producen, siendo la plusvalía la diferencia.

Individualmente, el capitalista, propietario de una suma de dinero, lo cambia contra medios de producción, en particular del capital fijo (la inversión) y de la fuerza de trabajo: organiza el proceso de producción, vende la mercancía, y *reacumula* capital y plusvalía. El valor inicial que él posee es entonces un *valor en proceso* que aumenta con el tiempo, si lo ha invertido y valorizado correctamente. Simétricamente, el asalariado gasta su salario y reconstituye así su fuerza de trabajo para el ciclo siguiente: así se reproduce la relación salarial por una parte, y la división mercantil del trabajo, por la otra.

Se sabe además que salvo algunos matices, la *tasa de ganancia* (la plusvalía relacionada con el capital) depende positivamente, de la tasa de plusvalía (la relación de ésta con el valor agregado) y negativamente, de la "composición del capital" (la relación del valor agregado al capital comprometido). Esos dos factores dependen ellos mismos, de las normas de producción (que definen a la productividad y al coeficiente de capital fijo per cápita) y de las normas de consumo de los asalariados.

Socialmente, la reproducción de conjunto se presenta así: "valores en proceso-capitales" desfilan unos al lado de otros, intercambiándose mercancías, o intercambiándolas con esos valores en proceso, muy particulares, que son los ingresos salariales. ¿Cómo es posible que ese entrelazamiento de procesos autónomos teja un producto social coherente, en donde todos los compromisos privados del tra-

bajo (a través de los gastos en capital) resulten validados? Como en toda relación social, la experiencia adquirida de la posibilidad de una solución, es en ella misma una de las bases de la solución. En función de sus ganancias (sus ingresos anteriores) y de su conocimiento del mercado (experimentado en los periodos precedentes), el capitalista apuesta a que es bueno reanudar la relación salarial; vuelve a comprar capital constante, y con ello contribuye ya a la validación del producto de sus colegas y de la fuerza de trabajo ofrecida por la clase de los asalariados. Las condiciones heredadas del pasado y la anticipación de un futuro en su prolongación, son las condiciones del lazo social presente. La continuidad de la acumulación, los hábitos adquiridos en lo referente a una asignación que resulta equilibrada entre las diferentes ramas de la división del trabajo, las anticipaciones en cuanto a las orientaciones sociales de la transformación de las normas de producción y de consumo, dominan como una fuerza inmanente las apuestas privadas de los empresarios (y de sus banqueros), asentando las bases de un "molde social" que llamaremos en este caso *régimen de acumulación*.

El régimen de acumulación es un modo de distribución y de reasignación sistemática del producto social que logra en un periodo prolongado, cierta adecuación entre la transformación de las condiciones de la producción (volumen de capital invertido, distribución entre las ramas y normas de producción) y las transformaciones en las condiciones del consumo final (normas de consumo de los asalariados y de las otras clases sociales, gastos colectivos, etcétera).

Desde el momento en que la acumulación es ampliada, el crecimiento de la producción de bienes de consumo debe adecuarse al crecimiento de las inversiones en capital y al crecimiento del poder de

<sup>1</sup> Ver sobre los Estados Unidos la obra seminal de Aglietta (1976) y, a partir de una investigación colectiva sobre Francia que data de 1977, las obras de Boyer y Mistral (1978) y Lipietz (1979, 1983 a, 1984 a).

<sup>2</sup> Se trata principalmente de trabajos realizados en el CEPREMAP por Boyer, Lipietz, Mistral, y en el Centro de Estudios Prospectivos y de Informaciones Internacionales en torno a Aglietta, Brender y Oudiz (ver, por ejemplo, CEPRI, 1983 A y B).

compra de los asalariados. Es entonces fácil resumir la coherencia de un régimen de acumulación a través del presupuesto de un *esquema de reproducción* que describa de periodo en periodo la asignación de capital (y a través de ello, de trabajo) entre las dos *secciones* fundamentales de la producción de valores de uso, definidos sólo por su función social (Sección I: bienes de producción que reproducen el monopolio de la propiedad capitalista, Sección II: bienes de consumo que reproducen la existencia de los trabajadores libres). El esquema de reproducción es de alguna manera el esqueleto de las regiones de acumulación, la huella de su coherencia formal.

A partir de este nivel aparecen varios regímenes de acumulación típicos: la acumulación extensiva (simple crecimiento homotético de las dos secciones que se validan una a la otra), la acumulación intensiva sin producción de masa (donde la sola expansión del capital constante valida el crecimiento de la sección I), la acumulación intensiva con consumo de masa creciente, etcétera. Pero naturalmente, más allá de esta estilización fundamental, el análisis de un régimen de acumulación concreto exige algunos refinamientos.

Todo régimen de acumulación concreto está inmerso, en efecto, en un "exterior" en el doble sentido de la palabra. Primero, toda la producción en una comunidad nacional no está regida por las relaciones capitalistas. Empezando por la reproducción de la fuerza de trabajo: la relación social patriarcal, o modo de producción doméstico, o incluso la discriminación por sexo, garantiza su reproducción utilizando los "medios de reproducción" que compra su salario.

Pero aparece otra dimensión con la consideración de las relaciones económicas *entre comunidades* organizadas por el capitalismo. Históricamente, las

primeras prácticas que remiten a una "relación capitalista" rebasaron ampliamente, por otra parte, las fronteras de los Estados feudales o tributarios. Pero el Estado-nación moderno, concebido como comunidad de individuos ligados por un contrato social, se desarrolló con la generalización de las prácticas mercantiles. Es dentro de ese marco que se codificó, se institucionalizó la relación salarial a la sombra de la soberanía del Estado, cimentada por la historia de las luchas civiles y extranjeras. Es al nivel del Estado-nación donde se regulan las contradicciones sociales, y en consecuencia, donde se afirmó, poco a poco, la coherencia de verdaderos regímenes de acumulación, alimentándose mutuamente la unificación de uno y la densificación de los otros.

La "creación del mercado interior", a través del desarrollo de las relaciones capitalistas, nunca provocó la desaparición de los intercambios internacionales: según la evolución de los regímenes de acumulación, ellos se restringieron o se extendieron en importancia. Resulta entonces útil, para el análisis de un régimen de acumulación nacional, aislar una "sección exportadora" (Bertrand, 1978), cuyos ingresos alimentan el financiamiento de compra en el exterior de bienes de uso "Sección I" o "Sección II". Se puede incluso, desde cierto ángulo, hablar de "regímenes de acumulación mundiales".

Estas son entonces las bases de nuestro "molde social". Lo cierto es que los regímenes de acumulación no se materializan por ellos mismos. El problema consiste en saber qué fuerzas coercitivas, que formas institucionales, garantizarán la coherencia de las estrategias y de las anticipaciones de los agentes de la economía mercantil capitalista, para hacerlas converger hacia la realización del esquema de reproducción.

Nos vemos aquí conducidos al problema de la regulación. Llamaremos entonces *modo de regulación*

al conjunto de las formas institucionales, redes, normas explícitas o implícitas, que garantizan la compatibilidad de los comportamientos dentro del marco de un régimen de acumulación, de acuerdo al estado de las relaciones sociales, y más allá de las contradicciones y del carácter conflictivo de las relaciones entre los agentes y los grupos sociales.

En el modo de producción capitalista, las formas de regulación deben al menos concernir a:

- la regulación de la relación salarial (fijación de las normas de tiempo, de intensidad del trabajo, del valor de la fuerza de trabajo, de la norma de consumo de los asalariados, reproducción de la jerarquía de las calificaciones, de la segmentación del mercado del trabajo, reparto entre salario directo e indirecto, etcétera).

- la regulación de la reasignación del capital-dinero liberado por la validación de las mercancías, en tal o cual rama y según tal o cual grado de intensificación de la composición del capital.

- la reproducción y la administración del dinero, su emisión, su circulación, sus formas de inversión productiva, etcétera.

- las formas de lo jurídico a lo económico, de las intervenciones del Estado.

Resultó de gran utilidad heurística polarizar dos modos de regulación caracterizados por formas institucionales contrastadas, según si la aleatoriedad validación social de las mercancías y de las fuerzas de trabajo ofrecidas fuera simplemente constatada *ex post*, o si la alta probabilidad de su realización estuviera integrada *ex ante* en el comportamiento de los agentes. En el primer caso, los valores en proceso franquean uno a uno los "saltos peligrosos" de la metamorfosis en dinero o son eliminados. En el segundo caso, por el contrario, los valores en proceso integran a la vez su propio crecimiento y la transformación de las normas sociales de producción y

de cambio para orientar sus metamorfosis. En un extremo, la fuerza de trabajo se venderá día a día a un precio que dependerá de las tensiones sobre el mercado, o no podrá reproducirse. En el otro extremo, no sólo le será garantizado un ingreso mínimo por su sola existencia, sino que ella se alquilará un empresario particular, sobre contrato plurianual que integre las modificaciones esperadas del medio económico. En un caso se hablará de regulación *competitiva*, en el otro, de regulación *monopolista*.

Está excluida aquí la idea de abordar, incluso de manera breve, la historia compleja de los modelos de desarrollo capitalista, caracterizados por un régimen de acumulación enraizado sobre una forma dominante de organización del proceso de producción inmediato,<sup>3</sup> y un modo de regulación. Vaya más directamente al punto de partida de nuestro terreno de estudio más limitado: el modelo fordista tal como se consolidó en los países capitalista desarrollados, al final de la Segunda guerra mundial

b) *El modelo fordista en su Edad de Oro.*

En los años veinte, se había generalizado en Estados Unidos y parcialmente en Europa, un modo revolucionario de organización del trabajo: el *taylor*

<sup>3</sup> Este enraizamiento condujo a ciertos marxistas, Paul Sweezy o Ernest Mandel, a explicar las fases de expansión del capitalismo (identificadas con los "ciclos largos" de Kondratieff) a través de la aparición de "racimos de innovaciones" técnicas. Además de la fragilidad de la identificación de los propios ciclos largos, esta explicación es criticada por los sostenedores de la escuela de la regulación, que prefieren identificar una sucesión de regímenes de acumulación que se desagregan bajo el efecto de sus propias contradicciones. Dentro de esta perspectiva, la "técnica" es, ella misma, una relación social, que sólo produce efectos económicos dentro de un marco determinado por el conjunto de las formas de regulación. Se encontrará, sin embargo, una gran convergen-

rismo. Se trataba, a través de una gigantesca y capilar profundización del control capitalista del proceso de trabajo, de expropiar a los colectivos obreros de habilidad y conocimiento, de ahora en adelante sistematizados por ingenieros y técnicos, a través de los métodos de la "Organización Científica del Trabajo". Un paso más y es la incorporación de ese saber sistematizado en el sistema automático de máquinas, dictando el modo operativo a obreros expropiados de la iniciativa: ésa es la *vertiente productiva del "fordismo"* (Coriat, 1979).

Entre las dos guerras, el desarrollo del taylorismo y de los embriones de fordismo provocan la primer gran ola de acumulación intensiva. La productividad crece a una tasa de 6% anual (el triple de la tendencia del siglo XIX). Pero el poder de compra continúa con un impulso mediocre. Este entrecruzamiento, altamente favorable a la tasa de ganancia, a través del alza de la tasa de explotación que no compensa de ninguna manera el débil crecimiento de la composición del capital, provoca una crisis de sobreproducción sin precedentes: la crisis de los años treinta. Se trata de algo más que del "punto bajo" de un ciclo. La acumulación intensiva no puede ya compatibilizarse con la regulación competitiva. Se puede entonces caracterizar a esta gran crisis de los años treinta a la vez como la *primera crisis de la acumulación intensiva y como la última crisis de la regulación competitiva*.

Después de la reconstrucción en Europa (por naturaleza dominante extensiva) y la guerra de Corea, los países de la OCDE van a sufrir un nuevo empuje intensivo, que esta vez va a durar veinte años,

cia entre esos dos enfoques en el concepto de "paradigma tecnológico" de Pérez (1983), y grandes similitudes con el concepto de la "Social Structure of Accumulation" de Bowles, Gordon y Weisskopf (1983).

durante los cuales la productividad va a aumentar todavía considerablemente, como por otra parte también el capital fijo *per cápita*. Pero esta vez, el alza del poder de compra de los asalariados (productivos e improductivos) acompañará casi en la misma medida al alza de la productividad. Al concernir casi de igual manera esta alza de la productividad a las dos secciones, la composición orgánica del capital se mantendrá más o menos inalterada, y lo mismo ocurrirá con la tasa de explotación.

Más adelante matizaremos esos resultados. Pero por el momento, ellos nos permiten una estilización de la "Edad de Oro".

En este modelo de "Edad de Oro":

Las tasas de crecimiento de la composición técnica global (es decir aproximadamente del capital fijo *per cápita*) y de la productividad de la sección I son las mismas. Esta "contra-tendencia" al alza de la composición técnica inhibe la tendencia al alza de la composición-valor del capital.

Las tasas de crecimiento del consumo asalariado y de la productividad en la sección II, son las mismas. La "contra-tendencia" a la baja de la tasa de ganancia, que habría constituido el alza de la tasa de explotación, se ve ciertamente inhibida, pero al mismo tiempo resulta inhibida la tendencia a la crisis del subconsumo. Y como la composición orgánica del capital no varía, la tasa de ganancia general se mantiene estable, y la acumulación puede entonces continuarse a un ritmo regular.

Esas dos condiciones fueron aproximadamente respetadas en los países desarrollados hasta mediados de los sesenta. Ahora bien, nada garantizaba *a priori* que así ocurriera.

La primera condición fue verificada de manera casi milagrosa,<sup>4</sup> y de hecho, los datos estadísticos

<sup>4</sup> Sería demasiado complejo demostrar aquí cómo, sin

muestran que ella se verifica cada vez menos desde los sesenta en los principales países industrializados. Por el contrario, la segunda condición fue garantizada más o menos explícitamente por una política de regulación de la relación salarial: la producción de masa estuvo acompañada por un consumo de masa, realizando de esa manera el pleno desarrollo del *fordismo*. Esta regulación parcial se insertaba dentro de un conjunto de formas institucionales que constituyen una variante de la regulación monopolista.

De manera esquemática, el modo de regulación que se consolidó después de 1945 combina las siguientes institucionales.

*Una contra-actualización colectiva del salario directo*. El trabajador no deberá ya negociar día a día, individualmente, la venta de su fuerza de trabajo. Convenciones colectivas incluyeron a la mayoría de los asalariados, de manera que los patrones pudieron convenir entre ellos (y de manera accesoria con los sindicatos) alzas de salarios que se impondrían a todos, a la escala de una región o del país. Para llevar a cabo esta obligación del *reparto de los frutos del crecimiento* fue instituido un "salario mínimo garantizado".

El Estado-providencia (Seguridad social más sistema de garantía de los desempleados). Aseguraba a cada asalariado, luego a la casi totalidad de la población, un ingreso garantizado más allá de las contingencias de la vida cotidiana.

*La proliferación del terciario*. Esta estabilización de la relación salarial fue acompañada por una generalización del asalariado a la mayoría de las actividades, incluidas las de dirección, regulación mercantil y financiera y de control (Aglietta y Brender, 1984).

embargo, la regulación monopolista favoreció una acumulación intensiva en capital. Ver Lipietz (1983 a).

*Importantes modificaciones en las relaciones entre bancos y firmas industriales*, que permiten a esas firmas reorientar su producción de rama a rama, manteniendo sus precios sobre las ramas en declinación.

*Una transformación muy importante en el rol del Estado*. Las modificaciones más importantes concernieron a la administración de la relación salarial (la del Estado providencia y la de la relación salarial directa), y sobre la *administración del dinero*. Una serie de innovaciones institucionales modifica radicalmente la naturaleza de éste. De ahora en adelante, los bancos privados emiten libremente dinero, abriendo créditos a las empresas y a las familias. Esta "moneda de crédito", anticipando la validez de los valores en proceso, destruida en ocasión de los reembolsos, está respaldada sobre la apuesta que los prestatarios tendrán efectivamente la posibilidad de reembolsar. El Banco Central, dependiente del Estado, guarda sin embargo, a través de un conjunto de mecanismos, la capacidad de influir sobre esta libertad de crear dinero. El puede también, para reactivar el movimiento de los negocios, facilitar la emisión de crédito, o por el contrario, frenarla. El último recurso que se ofrece al Estado intervencionista consiste en la fijación de sus propios gastos y de sus propios ingresos: cuando los negocios disminuyen, él puede disminuir los impuestos y acelerar sus gastos, contando con la reactivación ulterior para reembolsar su déficit. Tales son las herramientas de la "*política keynesiana*".

Es el funcionamiento de este modo de regulación, superpuesto a la generalización del fordismo en el proceso de trabajo, el que permitió el respeto *a priori* de las dos reglas del "esquema de la Edad de Oro" de la acumulación intensiva. Los diferentes países de la OCDE pudieron así registrar, durante una quincena de años, un crecimiento ex-

cepcionalmente fuerte, excepcionalmente largo, excepcionalmente regular. Ciertamente había algunas inflexiones (las "recesiones"), había grandes diferencias entre los ritmos de crecimiento nacionales, pero se puede decir que cada país experimentó y desarrolló el fordismo por cuenta propia, ampliando su demanda interna. El país inicialmente más avanzado, los Estados Unidos, registró un crecimiento más débil (pero del orden del 4% anual) que los países con el fordismo más joven. Sólo Gran Bretaña, a causa de la fuerza de sus sindicatos y por el desinterés de su burguesía financiera, se separó notablemente del modelo de producción fordista, y registró un crecimiento más mediocre.

c) La "hegemonía implícita" de los Estados Unidos

Como acabamos de ver, el modelo de crecimiento fordista concede una importancia secundaria a los

intercambios internacionales. Su motor es la transformación interna de los procesos productivos industriales. Su blanco es el crecimiento del mercado *interno* a través de la elevación del poder de compra. Por ello, los "mercados exteriores" de los países dominantes, forma tradicional de regulación del capitalismo competitivo, pierden mucho de su importancia (Lipietz, 1981). En realidad la proporción de las exportaciones en el mercado interno de productos manufacturados registró en 1965 su mínimo histórico. Además, los intercambios internacionales se desarrollaron principalmente en el interior de bloques continentales, y en el seno de la OCDE: Europa, América del Norte (ver el cuadro 1).

Tendencialmente, el Sur se encuentra reducido a un papel de proveedor de mano de obra y de materias primas. El control de esos yacimientos fue la tarea esencial de la hegemonía política y militar de los Estados Unidos. Ciertamente, algunos países

Cuadro I  
Intercambios exteriores y producción

Parte exportada de la producción de productos manufacturados:	(En %)					
	1899	1913	1929	1937	1950	1959
Francia	33	26	25	12	23	18
Alemania (territorio del Reich hasta 1937)	31	31	27	15	-	-
República Federal Alemana	-	-	-	-	13	23
Estados Unidos	5	5	6	5	5	4
Japón	25	40	29	40	29	23
Reino Unido	42	45	37	21	23	19

Fuente: Mistral (1977).

(en América Latina, en Asia) intentaron adherirse por su cuenta al modelo fordista, al abrigo de poderosas barreras aduanales: fue la "primera política de sustitución de importaciones". Esta práctica fracasó, por no haber alcanzado los ritmos de crecimiento de la productividad de los países desarrollados, y eso por razones complejas, pero principalmente internas (Lipietz, 1981).

Las relaciones económicas son, entonces, principalmente relaciones "Norte-Norte".<sup>5</sup> ¿Se puede hablar a su respecto de un régimen de acumulación, de un modo de regulación mundial? En realidad, se trata esencialmente de un amplio movimiento de "alcance" de Europa y de Japón con respecto a los Estados Unidos, a partir de una situación fuertemente diferenciada. La culpa "diferenciación-alcance" constituye por sí sola una especie de régimen de acumulación y una forma de regulación, base de lo que G. Arrighi (1982) llamó "la hegemonía implícita de los Estados Unidos". Vencedores de la segunda guerra mundial, disponiendo de un considerable avance en la productividad industrial, produciendo ellos solos el 63% del producto interno bruto de los cinco principales países (Estados Unidos, Reino Unido, RFA, Francia, Japón) y el 57% del valor agregado manufacturero en 1950, los Estados Unidos impusieron su modelo de desarrollo, culturalmente primero, financieramente después (con los planes Marshall y Mac Arthur), institucionalmente al final (con los acuerdos de Bretton-Woods, la creación del GATT, del FMI, de la OCDE).

En esas condiciones, no había ninguna necesidad de una forma de regulación internacional de la rela-

<sup>5</sup> En esta intervención excluimos totalmente a los países de economía centralizada, llamada "socialista", que viven en un régimen de acumulación, y sobre todo un modo de regulación, muy diferentes (ver sin embargo, Leborgne y Lipietz (1983), Chavance (1984)).

ción salarial: en diversas formas concretas, los mismos principios (contratación colectiva, Estado-providencia, crecimiento del poder de compra) son adoptados en todas partes. El dólar se convierte en moneda mundial. Está respaldado por la validez incontestable de los valores en proceso estadounidenses: la diferencia de productividad es tal que los bienes de equipo estadounidenses, que incorporan las normas de producción más eficaces, encontrarán siempre compradores en Europa o en Japón. La balanza comercial estadounidense es entonces sistemáticamente excedentaria. El problema es más bien el del poder de compra eurojaponés en bienes de producción estadounidenses. Ese problema es resuelto primero por los préstamos del Estado norteamericano, luego cada vez más por las inversiones exteriores de las firmas estadounidenses: la balanza de pagos de los Estados Unidos es entonces, por el contrario, estructuralmente deficitaria. Esos déficits constituyen la base de una moneda internacional, los xeno-dólares, base garantizada teóricamente por la reserva de oro de los Estados Unidos; pero en la realidad, una vez más, por la validez incuestionada de la producción capitalista estadounidense. Eso se verá cuando, al volverse problemática esta validez, los Estados Unidos se negarán a cambiar contra oro las balanzas-dólares en poder de los residentes extranjeros.

Tenemos entonces no un régimen de acumulación propiamente hablando, sino una configuración mundial que logra de manera provisoria la compatibilidad de una yuxtaposición de regímenes de acumulación parecidos, pero diferentes, en sus ritmos de crecimiento y su modo de inserción internacional. De manera esquemática, los Estados Unidos equipan a Europa (o al Japón) a cambio de un derecho sobre la fuerza de trabajo europea, y la compra de esta fuerza de trabajo (por parte de las firmas

multinacionales) abre en cambio derechos sobre los bienes de producción estadounidenses; compras que, unidas a la generalización acelerada del fordismo, permiten a Europa<sup>6</sup> y a Japón superar su retraso. Logro que no se producirá en los países de "substitución de importaciones" del Sur, por falta de reformas sociales suficientes.

Como veremos seguidamente, la economía mundial no superará nunca ese nivel de organización implícita. Nunca habrá formas institucionales que regulen la demanda mundial, no habrá autoridad soberana supranacional que regule la emisión monetaria. Las complementariedades y los antagonismos entre economías nacionales se mantendrán como configuraciones de coincidencias, parciales o inestables, y sólo por abuso de lenguaje será posible hablar de "régimen de acumulación mundial".<sup>7</sup>

## II. De la erosión latente a la crisis manifiesta (1967-1974)

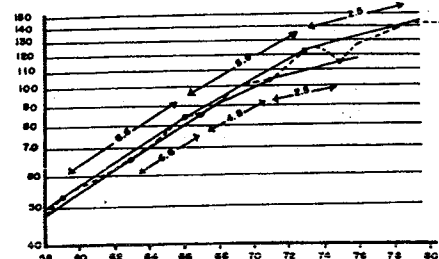
Si se caracteriza a la crisis por la disminución general del crecimiento del producto manufacturero que provoca una progresión general y continua del desempleo, y por la pérdida de la regularidad de este crecimiento, entonces se deben observar sus

<sup>6</sup> Europa es aquí tratada como un bloque, pero en realidad, puede ser igualmente identificada una configuración de "complementaridad virtuosa" entre los Estados pertenecientes a la Comunidad Económica Europea. De manera esquemática, la RFA es el taller de equipo de Francia e Italia que le venden a cambio bienes de consumo, el ajuste se operará "a través de los precios" (gracias a los cambios de paridad) y "por los volúmenes" (gracias a "planes de enfriamiento" moderados).

<sup>7</sup> Para una reflexión metodológica sobre ese problema (que implica matizar de manera marcada la visión sistemática de una "economía-mundo"), ver Lipietz (1984 B).

signos premonitorios desde la recesión de 1967 (gráfica 1).

Gráfica 1  
Producción manufacturera mundial  
(países con economía de mercado,  
base 100 = 1970)



Fuente: CEPPI (1983 A)

No sólo la pendiente que une los puntos de los miniciclos mundiales se inflexiona ligeramente a partir de esa fecha, sino que sobre todo, la línea que une los puntos bajos, hasta entonces muy próxima y paralela (sobre una tasa de 6.6% por año) diverge sensiblemente. Ella cae a 4.8% de 1967 a 1971, a 2.5% de 1971 a 1975, y veremos la continuación.

La búsqueda de indicadores más profundos nos conduce primeramente, teniendo en cuenta lo que sabemos de los mecanismos del fordismo, al examen de la productividad manufacturera. Allí se encuentra, por supuesto, la raíz de la crisis del fordismo, que se generaliza en el período considerado. Examinaremos primero esta crisis general, es decir lo que ella tiene de común con todos los regímenes de acumulación nacionales. Luego evocaremos la

interacción entre esos regímenes, que desempeñará de alguna manera el papel de un amplificador.

### a) En las raíces de la crisis general del fordismo.

En el desarrollo de la crisis actual, conviene diferenciar tres series de fenómenos y de encadenamientos diferentes:

- los que corresponden a la crisis general del fordismo, y que se encuentran más o menos en todos los países que hayan adoptado ese modo de desarrollo;

- los encadenamientos amplificadores debidos a la interconexión de las diferentes formaciones socioeconómicas;

- los fenómenos específicos de cada una de las formaciones sociales concernidas.

Evidentemente, no evocaremos aquí esas especificidades nacionales, aunque su estudio sea actualmente uno de los terrenos de desarrollo más fértiles de las investigaciones más o menos inspiradas por la Escuela de la Regulación.<sup>8</sup> La distinción entre los dos primeros tipos de encadenamientos debe ser, por el contrario, bien clara y sus implicaciones políticas son evidentes. Si nos atenemos a los segundos, la Crisis aparece como una crisis de la sola regulación monopolista nacional, que se ha vuelto contradictoria con la internacionalización de la producción: es posible considerar una salida de la crisis a través de una "reactivación concertada". Si se tiene en cuenta a los primeros, la crisis afecta además a las

<sup>8</sup> Ver en particular los trabajos del CEPPI en el número 13-14 (1983) de la revista *Economie Prospectives Internationales*. Estos trabajos toman en cuenta especialmente las condiciones diferentes de repartición de los excedentes de productividad entre el sector manufacturero (e internacionalizado) por una parte, y el sector terciario (y protegido) por otra parte.

raíces del régimen de acumulación intensiva, fundado sobre los principios traylorianos de organización de trabajo y el desarrollo fordista del consumo de masa. Trataremos de presentar aquí una síntesis de ello.

El síntoma más claro de la crisis del régimen de acumulación es la disminución general de los aumentos de productividad, que aparece hacia finales de los sesenta, y que afectó incluso a las ramas más típicamente fordistas como el automóvil (Boyer 1979). Pero, ¿de qué manera esa disminución engendra una crisis?

Un primer camino consiste en subrayar la contradicción entre esa disminución y el mantenimiento de las tendencias al alza del poder de compra. La crisis nacería de un "estrangulamiento de las ganancias" ("profit squeeze") debido al alza del costo salarial por unidad producida. Sin embargo, las estadísticas no parecen confirmar ese diagnóstico para el conjunto de los países industrializados a comienzos de los setenta (salvo, transitoriamente, en Alemania y en Japón). Más exactamente, el alza del poder de compra no manifiesta una aceleración autónoma, y en los raros casos en que ella supera los aumentos de productividad, es porque éstos han aminorado su ritmo (Cuadro 11). Además, si ése fuera el origen de la crisis, una simple disminución de las alzas de salario (directo o indirecto) habría bastado para detenerla.

Más convincente es la consideración de la otra componente de la rentabilidad del capital: esos aumentos de productividad declinante, exigieron, desde mediados de los sesenta, un alza en valor del capital *per cápita*, o en términos marxistas, de la composición orgánica del capital (Lipietz, 1982).

El cuadro 111 indica, en efecto, que los aumentos de productividad no compensan ya el alza de la composición técnica del capital, el volumen del capital fijo *per cápita*.

**Cuadro II**  
Incremento del salario real y de la productividad  
(en tasa de crecimiento medio anual)

		(1950 -1955)	(1955 -1960)	1960- -1970)	(1970 -1974)
Gran Bretaña.....	(s/p)	3,0	2,3	3,1	1,2
	II	2,0	2,3	2,6	2,4
EEUU.....	(s/p)		(1956 -1961)	(1961 -1966)	(1966 -1970)
	II		2,9	2,4	2,5
RFA.....	(s/p)	(1950 -1955)	(1955 -1960)	(1960 -1965)	(1965 -1970)
	II	5,5	4,8	5,5	4,9
Francia.....	(s/p)	(1957 -1959)*	(1959 -1964)	(1964 -1968)	(1968 -1973)
	II	2,4	5,6	4,5	4,9
Japón.....	(s/p)	(1954 -1957)	(1957 -1964)	(1964 -1970)	(1970 -1973)
	II	5,8	7,7	8,6	11,6
					(1973 -1975)
					4,2
					1,8
					5,1
					3,8
					5,3
					0,9
					0,3
					0,3
					3,8
					0,5

\* Antigua base de la Contabilidad nacional  
Fuente: Lapiere-Donzel (1980)

Los procedimientos de *mark-up* característicos de la regulación monopolista compensaron primeramente esta baja de la rentabilidad "instantánea" del capital a través de un alza nominal de las ganancias, pero ésta repercutió en el alza general de los precios y los salarios, por consiguiente en la parte

de las amortizaciones en el margen bruto de autofinanciamiento. De donde se da una tendencia al endeudamiento creciente de las empresas, y un alza de los gastos financieros que, agregándose al alza de las amortizaciones y al alza del precio relativo de las inversiones, desembocó en una crisis latente de

**Cuadro III**  
Tasas de crecimiento anuales de la composición técnica K/N y de la productividad Q/N (industria)

	K/N					Q/N				
	1950 -1955	1955 -1960	1960 -1965	1965 -1970	1970 -1975	1950 -1955	1955 -1960	1960 -1965	1965 -1970	1970 -1975
Japón		5,7	11,0	10,9	11,2 9,9 (c)		12,5 (b)	7,8	13,1	3,5 5,4 (c)
RFA	1,8	6,1	8,0	5,9	7,6 7,5 (c)	8,5	5,4	5,4	5,4	3,2 3,3 (c)
Francia										
A base	3,2	3,5	5,7			5,1	5,6	5,1		
N base			4,1	4,9	5,0 4,8 (c)			6,1	7,0	3,1 4,9 (c)
Reino Unido	2,3	3,8	3,7	4,3	4,6 (d) 5,0 (c)	2,2	2,4	2,9	3,2	3,4 (d) 5,5 (c)
EEUU		5,0 (b)	2,0	3,6	4,3 1,8 (c)		2,1 (b)	4,5	1,0	-0,6 2,6 (c)

(a) 1951-1955 (b) 1956-1960 (c) 1970-1973 (d) 1970-1974  
Fuente: Lapiere-Donzel (1980)

la capacidad de inversión (Lipietz, 1983A), todo en ambiente inflacionista. Por ello, la disminución del ritmo de la inversión, combinada con la disminución del empleo creado por cada inversión, desencadena el alza del desempleo, en consecuencia, la de las cargas del Estado-providencia.

Aun cuando se ponga el acento sobre el *profit squeeze* o sobre el alza de la composición orgánica del capital, la crisis actual de la acumulación intensiva aparece como una crisis de la *rentabilidad*, al contrario de la de 1930, que era crisis de *sobrepro-*

*ducción*. Las formas institucionales de la regulación monopolista inhiben en efecto a la "espiral depresiva", el aumento del salario indirecto detiene la baja del poder de compra global (a pesar del crecimiento del número de desempleados), la solidez de la moneda de crédito permite la sobrevivencia de valores en proceso (en consecuencia de empresas) que hubieran sido condenadas a la quiebra dentro del marco de un sistema bancario restringido por una base-oro. La crisis asumirá, pues, la forma de un *estancamiento* (y no de un derrumbe de la produc-

ción) que coexiste con una *inflación* (y no con un desmoronamiento de los precios).

¿Pero a qué se debe la disminución de la productividad? Aquí, los análisis más clara posible de la teoría de las "ondas largas de innovaciones". En efecto, es bien difícil identificar una *disminución* de la innovación tecnológica a lo largo de los sesenta. Por el contrario, nada esencialmente nuevo fundamentaba el crecimiento de la posguerra, y la informática transistorizada estaba ya considerablemente desarrollada a comienzos de los setenta. Por el contrario, los éxitos y luego los fracasos de los principios taylorianos, luego fordistas, de organización del trabajo, son evidentes (Coriat, 1979).

Al cabo de medio siglo de taylorismo y de fordismo, se volvió "natural" esperar que cada año un obrero produjera más que el año precedente, y "misterioso" constatar que este crecimiento disminuyera. Sin embargo, cuando Taylor y Ford inventaron sus nuevos métodos de organización del trabajo, ellos estaban barriendo con una rutina que sólo había registrado en el pasado algunos saltos hacia adelante. Su método era, ante todo, un método disciplinario y un método de extracción de su habilidad y conocimiento. Al cabo de cincuenta años, casi no había razones para que la "mejor manera" (*The one best way*) no hubiera sido detectada, decorticada, sistematizada y generalizada. La masificación del trabajo había terminado por agotar el gran yacimiento del saber obrero. No es que no existan todavía inmensos yacimientos de productividad en el ingenio humano: pero ellos no pueden ya ser explotados por los métodos taylorianos, los del embrutecimiento, de la parcelización de las tareas, de la dedicación de turnos de trabajo a un gesto indefinidamente repetido. Además, la propia parcelización encontraba sus propios límites:

tiempos muertos en los turnos de trabajo, arreglos finales concentrados al final de la cadena de producción, etcétera.

Es aquí donde se encuentra la lucha de clases, como origen de la disminución de la productividad: la gran victoria de los patrones de los años veinte había dilapidado su propio botín. Frente a los jefes de las fábricas, patronal, departamento de métodos, cronometradores, contra maestros, se levantaba ahora el bloque masivo de los obreros especializados.

Los años 1967-1974 son entonces primeramente los de una contraofensiva obrera que se sobrepone al inmovilismo de la "tecnología social" patronal. Una contraofensiva del obrero especializado, revancha de la derrota del obrero profesional. Es la parte de verdad en la aserción según la cual los trabajadores llevaron al capitalismo a la crisis, mucho más que los Estados petroleros retomando el control de sus riquezas.

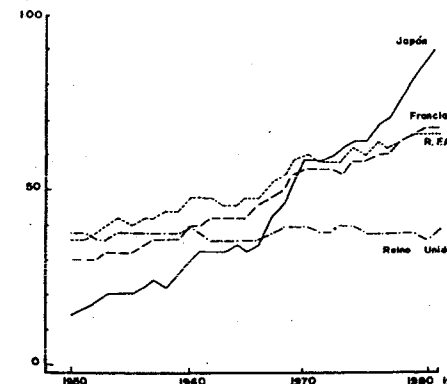
Queda por comprender la manera en que esa crisis latente del fordismo, minado por evoluciones en resumidas cuentas mínimas, pero que terminan por acumularse, pudo degenerar en recesiones evidentes. Para ello hay que considerar la dimensión internacional y las reacciones gubernamentales y patronales.

*b) De la erosión de la hegemonía de los Estados Unidos a la primera sacudida petrolera*

A partir de 1967, una transformación cualitativa modificaba radicalmente la configuración internacional: la productividad del Japón y de Europa (en particular de la República Federal Alemana y de Francia) se aproximó a tal punto al nivel estadounidense (gráfica 2), que las diferencias de costo salarial por unidad producida se vuelven desfavorables a la competitividad de los Estados Unidos, a la cotización de dólar vigente (gráfica 3). Esta equipara-

Gráfica 2

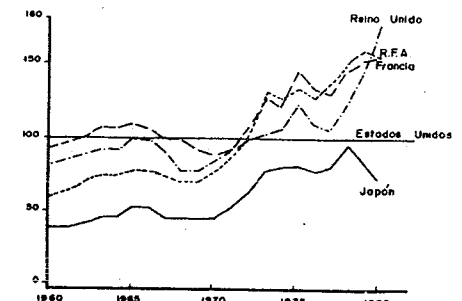
Niveles de productividad per cápita en la industria manufacturera (1950-1981, base 100 = EE.UU.)



Fuente: CEPII (1983 B)

Gráfica 3

Costos salariales unitarios en la industria manufacturera



Fuente: CEPII (1983 B) Costos evaluados a la tasa de cambio corriente.

ción se debe a la vez al crecimiento de las firmas multinacionales en Europa y a la generalización en Europa y Japón de los métodos "fordistas": la tasa de inversión en esos países se mantiene en efecto, muy ampliamente superior a la tasa de los Estados Unidos, (gráfica 4).

Por ello, la balanza comercial de los Estados Unidos se vuelve deficitaria. La masa de los xeno-dólares ya no está, por otra parte, garantizada por la reserva de oro de Fort Knox.

Esos dólares ya no pueden ser entonces considerados como representantes de una "moneda-mercancía" (el oro) ni de los valores en proceso incuestionablemente validados en el nivel internacional (porque la producción estadounidense es cada vez menos competitiva). El dólar aparece entonces sobrevalorado.

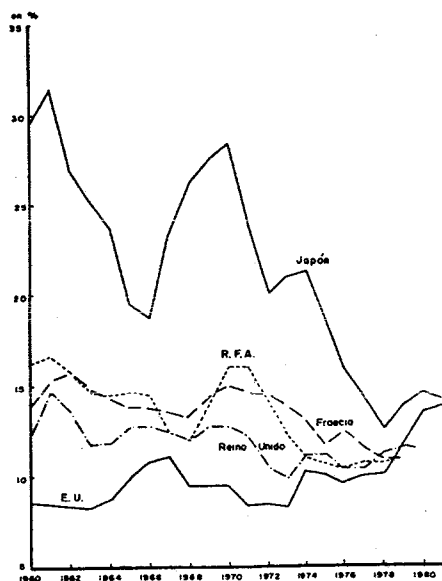
Por etapas, el dólar abandona su papel de referencia absoluta, y comienza a flotar a la baja en relación a todas las monedas.<sup>9</sup> El capital estadounidense pier-

<sup>9</sup> En 1968 la supresión del *pool* del oro hace del dólar



Gráfica 4

Tasa de inversión\* del sector manufacturero



\* Relación de la inversión en volumen con el valor agregado bruto en volumen.

Fuente: CEPII (1983 B)

de con ello capacidad para invertirse en el extranjero (pero las filiales de sus firmas multinacionales pueden ahora directamente financiarse en el exterior). Por el contrario, la guerra comercial se desencadena entre los tres polos de la economía mundial, de competitividad sensiblemente equivalente. A la configuración diferenciada de los años 50-60 sigue un acoplamiento de los tres polos, donde las fases de expansión y de recesión tienden a corresponderse directamente y a ampliarse recíprocamente.

El auge mundial de 1973 permite entonces, de todas maneras, augurar una recesión general para el año siguiente. Pero sobre todo, provoca una extrema tensión sobre el mercado de las materias primas. Ahora bien, en el mismo momento, golpes asestados a la hegemonía explícita de los Estados Unidos (en Indochina) suscitan una ola nacionalista en el Tercer Mundo. La guerra árabe-israelí de octubre de 1973, en esta coyuntura objetiva y subjetiva, ofrece a los países exportadores de petróleo la ocasión de recuperar el control de la fijación de la renta petrolera (llevada a 11 dólares el barril).

En teoría, se trata simplemente del desplazamiento de la propiedad de una fracción mínima del valor agregado mundial.<sup>10</sup> Pero en los países desarrollados, ya amenazados por una recesión y donde la

una moneda de curso forzoso. El 15 de agosto de 1971, su referencia con el oro es definitivamente suprimida, y su paridad en relación a las otras monedas se vuelve flotante a partir de marzo de 1973. Esta evolución será oficializada en enero de 1976 a través de los acuerdos de Jamaica.

<sup>10</sup> Recordemos que, para el pensamiento económico "clásico", el alza de la renta de la tierra presenta dos aspectos: Según Ricardo, ella proviene de la substracción de la ganancia capitalista. Pero veremos que la renta petrolera será reciclada en inversiones. Según Malthus, ella proviene del reforzamiento de la demanda efectiva "de lujo". Y es esto lo que ocurrirá, reemplazando a las carrozas por aviones de guerra.

crisis latente del fordismo exacerba las tensiones sobre el reparto de este valor agregado, esa brusca alza suscita inmediatamente una explosión inflacionista en la lucha por la redefinición de dicho reparto. Aprovechando un empuje de la inflación, patronal y gobierno intentan al comprimir los salarios y al restringir el crédito, imponer una baja del poder de compra de los asalariados. Los primeros resultados obtenidos en ese sentido durante el año 1974 desencadenan una depresión de la demanda mundial que al agregarse a una disminución de inventarios de emergencia provoca la primera gran recesión de la crisis.

Desde 1975, la resistencia obrera y sindical detiene en todas partes esta primera ofensiva de la austeridad. Sobre todo, los estabilizadores automáticos del Estado-providencia, a menudo reforzados por la extensión precipitada del seguro de desempleo (tanto más "generosamente" acordado cuanto que las clases dominantes no creen en la profundidad de la crisis), detienen la espiral depresiva, garantizando una segura estabilidad del consumo, a pesar del aumento del desempleo. Una "red de seguridad" frena de esa manera la recesión, y desde 1975, la reactivación es general, tanto más cuanto que la renta petrolera financiada a crédito disminuye la demanda efectiva mundial. Tal es la extraña configuración que vamos a examinar.

### III. Una configuración de transición: 1975-1979

La segunda mitad de la década de los setenta está marcada por una extraña contradicción. Por una parte, la crisis del fordismo se agrava. Por otra, el

La "sacudida petrolera" no puede ser entonces considerada como una causa autónoma de la crisis; a lo sumo, ella pudo revelar las contradicciones latentes.

keynesianismo sobrevive de manera bastante honrosa a su propia base, tanto a escala nacional como mundial. Esta sobrevivencia es el aspecto principal, que da su coloración al periodo: es entonces por allí que debemos comenzar.

#### a) Una gestión socialdemócrata de la crisis.

Se puede calificar de "socialdemócrata" a esta primera fase de la administración de la crisis. En Alemania y en Escandinavia, los socialdemócratas estaban en el poder. En Inglaterra, el laborista Callaghan. En los Estados Unidos, el demócrata Carter. En Francia, Valéry Giscard d'Estaing y Jacques Chirac organizaron la reactivación sin que se pueda saber cuál fue la parte de maniobra política y la de convicción económica. De manera general, la idea dominante era entonces que el keynesianismo seguía siendo válido. Se trataba simplemente, pidiendo préstamos (como en Suecia), o emitiendo moneda de crédito mundial (como en los Estados Unidos), de esperar una dilución de la sacudida petrolera y el ajuste de la oferta a la deformación de la estructura de la demanda mundial, en la dirección de los bienes de equipo civiles y militares pedidos por los países de la OPEP.

A escala nacional, esta política de "absorción" de la sacudida petrolera fue practicada de manera particularmente consecuente por la administración Carter. "Locomotora" principal (según la terminología de la OCDE, vigente en la época), los Estados Unidos de Carter (al precio de una emisión discrecional) alimentaron al mundo con moneda de crédito de validez universalmente admitida, incluso cuando su poder de compra internacional era cada vez más cuestionado. En el terreno interno, a pesar o más bien gracias a una ausencia notoria de aumentos de productividad, ellos lograron también crear

miles de empleos (esencialmente terciarios). La Europa occidental y sobre todo Japón, proveían máquinas y bienes de equipo doméstico, no sólo a los Estados Unidos, sino a los países de la OPEP, a los países del Este, y sobre todo, a los países del Sur que adoptaban a su vez una variante del modelo fordista, que examinaremos más adelante.

Naturalmente, ese "laxismo monetario" estadounidense ocasionaba una baja precipitada del valor del dólar, pero los Estados Unidos no habían percibido que dicha devaluación servía a su expansionismo interno. Ya que, teniendo en cuenta su débil coeficiente de importación, sólo provocaba un incremento moderado de inflación. La baja nominal del dólar en relación con las otras monedas se traducía entonces en una devaluación real de los costos estadounidenses, restableciendo la competitividad comprometida por una sobrevaluación demasiado larga, (gráfica 3). Es decir que, teniendo en cuenta las diferencias de inflación por una parte, y la devaluación nominal por la otra, el lote medio de mercancías estadounidenses costaba cada vez más barato, expresado en la misma moneda a la tasa de cambio corriente, en relación al lote medio de mercancías alemanas o francesas. Así, comparado con el lote estadounidense de igual precio en 1970, ¡el lote alemán valía 90% más caro en 1980!

#### b) La parálisis relativa de Europa.

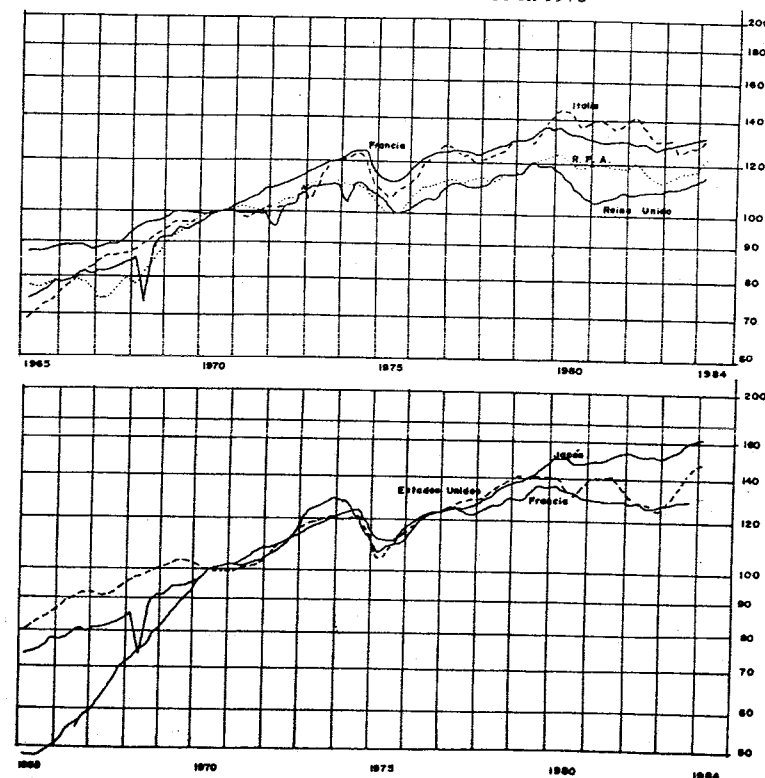
Mientras los Estados Unidos salvaguardaban el crecimiento de sus empleos gracias a una devaluación insensata y al precio de un estancamiento de su productividad, el Japón practicaba la misma política de devaluación (con la misma ausencia de consecuencias dramáticas sobre la inflación interna, y por las mismas razones: la baja proporción de sus importaciones). Pero utilizaba esta arma para con-

quistar porciones de mercado e inundar el mundo con productos manufacturados de tipo fordista (automóviles, Hi-Fi, aparatos ópticos, etcétera). En la gráfica 5, esos dos países se alejan así del conjunto en lo referente al crecimiento industrial. Por el contrario, los países europeos registran un crecimiento ciertamente notable para un periodo de crisis pero netamente más débil que el de los Estados Unidos y el Japón.

Las razones de esta lentitud son sin duda profundas, y radican en la gravedad de su crisis industrial, en el carácter particularmente pesado (en términos de intensidad capitalista) y particularmente rígido (en términos de relaciones sociales) de las variantes europeas del fordismo. Deseando mantenernos en esta intervención, en las dimensiones "no-nacionales" de la crisis, subrayaremos particularmente un obstáculo importante que se opone en Europa a la táctica "keynesianismo + devaluación". Se trata de la mecánica perversa "austeridad + internacionalización".

Cada vez más integrada al plano industrial, Europa se mantiene en efecto fragmentada en naciones distintas que deben, cada una, vigilar el equilibrio de su balanza comercial. Ahora bien, sus producciones son cada vez más "complementarias": deben obligatoriamente, comprárselas entre ellas. En esas condiciones, la devaluación pierde mucho su eficacia, ya que los "efectos-precios" intervienen menos. Para restablecer su balanza comercial, un país debe entonces importar menos, consumir menos, invertir menos. Incluso sobre las "producciones sustituibles", la competencia a través de los precios, en la zona de libre comercio sin política común en que se ha convertido Europa, impone una forma temible de proteccionismo: el proteccionismo a golpes de restricciones sobre los salarios, de "estancamiento competitivo": "la austeridad". El costo salarial,

Gráfica 5  
La producción industrial índices 100 en 1970



Fuentes nacionales en INSEE  
Datos mensuales transformados en promedios, corregidos de las variaciones estacionales

determinado por el "nivel de vida" vigente en un país, adquiere una nueva dimensión: se convierte en un determinante de la competitividad internacional.

El costo salarial, o más bien el costo corregido por la productividad, lo que se llama *el costo salarial por unidad producida*, ha sido siempre, para cada empresa, una condición de su competitividad en relación a las otras. Es por ello que, en los años veinte, Ford no podía lograr, él solo, salir airoso de su apuesta. Fueron necesarias convenciones colectivas, el salario mínimo, etcétera, para que cada empresa renunciara a hacerle la competencia a las otras, en un mismo país, a *golpes de salarios bajos*, comprimiendo así la demanda nacional. Pero he aquí que: no existe convención colectiva internacional, no existe ni siquiera un "espacio social europeo".

Así, los diferentes países europeos se encuentran, unos con respecto de los otros, en una situación de "regulación competitiva" que, antes que en otras partes, compromete la eficacia del keynesianismo interno. Veremos de qué manera esta configuración de estancamiento se generalizará con la segunda sacudida petrolera y la monetarista. Pero, por el momento, esta configuración local europea está inmersa en un contexto más favorable, que constituye un verdadero "keynesianismo mundial", del que vamos a examinar el efecto más espectacular: el crecimiento del fordismo periférico.

### c) El fordismo periférico.

Ya describimos frecuentemente la lógica interna del fordismo periférico (Lipietz, 1984 B), que triunfó durante los años setenta, en un puñado de "Newly Industrializing Countries" (NICs): México, Brasil, Corea, Taiwán, etcétera. Se trata en substancia, de adoptar el modelo de industrialización fordista,

desde el punto de vista del proceso de trabajo inmediato, pero sólo de manera muy parcial (y al límite, nada parcial) del punto de vista de la regulación de la relación salarial. En esas condiciones, la "demanda efectiva", los mercados, sólo pueden ser internacionales: Los NICs importan las máquinas del Norte, y le revenden productos manufacturados.<sup>11</sup> En los setenta, esta estrategia pareció encontrar condiciones milagrosas de realización. Se tenía, en efecto, esquemáticamente la siguiente configuración:

Los países de la OCDE, y sobre todo los Estados Unidos, continuaban registrando bajos aumentos de productividad, una disminución de las inversiones, un crecimiento impulsado por un consumo aminorado pero no decreciente.

Esos países pagaban a crédito sus importaciones, y con ello, permitían la proliferación de una moneda de crédito internacional (los xeno-dólares), basada en la moneda de crédito nacional estadounidense.

Esas liquideces, prestadas por los bancos de los países excedentarios (OPEP y Japón) a ciertos países del Sur (los "Newly Industrializing Countries") les permitía comprar a crédito maquinaria de la OCDE.

Los NICs esperaban reembolsar esos préstamos vendiendo sus productos manufacturados a los países de la OCDE y de la OPEP, lo cual era viable por dos razones:

— los aumentos de productividad para esos países "nuevos" eran muy rápidos (mientras que ellos habían disminuido de manera considerable en el Nor-

<sup>11</sup> En realidad, ellos continúan también vendiendo materias primas (¡cuando pueden!). Además, ciertos países del Este, como la Polonia de Gierek, se insertan en el mismo esquema (con las mismas consecuencias).

te), y sus costos salariales-hora eran de cinco a diez veces más bajos.

— el mercado mundial se mantenía en expansión a causa de la "administración socialdemócrata de la crisis".

Dentro de esta configuración transitoria, pero, ¡en qué medida frágil!, los NICs pudieron obtener tasas de crecimiento del orden del 10% al año, lo que no está mal para una "gran crisis". Mejor todavía, su demanda en bienes de equipo, que se dirigía al Norte, compensaba las supresiones de empleos que ocasionaba, en los viejos países industriales, su aumento en competitividad en el sector de los bienes de consumo corriente.

Por una extraña astucia de la historia, se vuelve a encontrar aquí una especie de eco de la configuración virtuosa Estados Unidos-Europa-Japón de los cincuenta. De alguna manera, el alza de la renta petrolera, financiada por la monetización del déficit estadounidense, luego reciclada por los bancos privados en dirección de los NICs, desempeña el papel de un "plan Marshall forzado hacia el Tercer Mundo": Sin embargo, es necesario insistir sobre la extrema fragilidad de ese reciclaje privado, y del propio modelo fordista periférico. Extremadamente dependiente de la evolución de la demanda mundial, él no afecta sino a un número muy limitado de países del Sur, desestabilizando su estructura interna. Desde antes que finalizara el decenio, se desmorona bajo el peso de sus contradicciones sociales en Irán, Nigeria, Turquía, etcétera.

Veremos más adelante los efectos devastadores de la sacudida "monetarista" sobre el fordismo periférico.

Pero no se puede concluir la evocación de este periodo sin haber subrayado la maduración en profundidad de la crisis, bajo el velo del keynesianismo continuado.

### d) Continuación de la crisis del fordismo y búsqueda de nuevas vías

Esta época fue la de la administración suave de la crisis. La productividad, la producción, el consumo, se mantenían a pesar de todo crecientes, el desempleo aumentaba lentamente. Pero mantener un consumo constante, con una mano de obra industrial decreciente; una productividad disminuida, exigía una extracción cada vez mayor sobre el valor agregado, para sostener el costo del Estado-providencia. Este costo fue pagado por las empresas (ya que se había decidido no hacer pagar "demasiado" a los asalariados). En Francia, la parte de las ganancias descendió de 30% en los años sesenta a 25% en los años setenta.

Esta baja de la parte de las ganancias se agregaba al alza del costo del capital fijo (en consecuencia, de las inversiones) que se aceleraba tanto más cuanto que la patronal y el gobierno buscaban reemplazar aún más rápidamente a los hombres por las máquinas, y a las centrales accionadas con *fuel* por centrales nucleares. Si se compara el año 1977 con el año 1972, se constata que la "productividad aparente del capital" se hunde literalmente, sobre todo en las industrias más fordistas: en Francia, ¡hay que invertir 17% para producir el mismo valor agregado!

Gracias al Estado-providencia y a las políticas keynesianas, el fordismo sobrevive, pero su crisis profunda es cada vez más evidente, y se manifiesta en el contraste entre un crecimiento anormalmente más débil y una inflación cada vez más rápida: es la "estancación".

Pero, bajo la apariencia de una continuidad a crédito, las cosas cambiaban. El capitalismo exploraba nuevas vías, nuevos dispositivos, para intentar salir de la crisis. El fordismo periférico, esa transferencia de las producciones fordistas canalizadas

hacia países con bajos salarios y débil protección social, es una de esas vías. Pero de manera más profunda, en el mismo seno de los países industrializados, la relación salarial se enfrenta a dos grandes inflexiones, la primera regresiva, la segunda potencialmente progresiva.

Primeramente, el cuestionamiento de las condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo. Durante el crecimiento, el acoplamiento productividad-salario directo había desempeñado el papel principal, y el Estado-providencia un papel de apoyo. A medida en que el rol de este último se desarrollaba garantizando a los asalariados una especie de ingreso permanente, algunas empresas trataron de deshacerse de las pesadas cadenas contractuales que los ligaban directamente a sus asalariados. El "núcleo duro" de los asalariados (los trabajadores permanentes) comenzó a debilitarse, mientras que proliferaba un mundo de trabajadores fuera del estatus, temporales, tiempos parciales, etcétera que la iban pasando, principalmente gracias al Estado-providencia, y de tiempo en tiempo, de un salario. Un acuerdo muy ventajoso para cada empresa, pero que recaía sobre el conjunto de la población y de las empresas a través del aumento del peso de las extracciones obligatorias. Además, esta evolución desarticulaba todavía más el consenso en torno al fordismo: las últimas huellas de "estatus" o de "oficio" desaparecían en los jóvenes, condenados desde la entrada en la vida activa a una alternancia entre "pequeñas chambas" y asistencia pública.

La segunda tendencia, evidentemente más interesante, era la búsqueda de nuevas fuentes de productividad. Yacimientos buscados en el propio seno del proceso de trabajo, a la vez que en las promesas de la "revolución tecnológica" de la electrónica, y en un cuestionamiento de los principios tayloristas: recomposición de las tareas, interés individual

o colectivo (a través de los "círculos de calidad") de los productores en búsqueda de la eficiencia, etcétera.

Evidentemente, aquí salimos del terreno de los "desarrollos de la crisis" para entrar en el mundo, apenas explorado, de las vías de su salida. Lo que se busca a tientas es el nuevo principio de organización del trabajo, que fundamentará el futuro régimen de acumulación. Por ello, ya no se trata de "alcanzar" o de imitar a un modelo preexistente (el que ofrecían los Estados Unidos en 1950). El espectacular salto hacia adelante de la productividad japonesa, que deja atrás a los otros dos competidores (la RFA y Francia), lanzados en persecución de los Estados Unidos, es evidente desde esa época sobre la gráfica 2. Es todavía más claro desde que entramos más en detalles respecto a las ramas (cuadro IV). El capitalismo japonés no "alcanzó" a los Estados Unidos, los superó, inventando otra manera, posfordista, de transformar en productividad el ingenio de los productores, manuales e intelectuales.

Pero esos gérmenes de futuro, al igual que el taylorismo de antaño, sólo podrán desarrollarse dentro de un marco macroeconómico y social favorable. Es lo que va a probar a contrario sensu la sacudida monetarista.

#### IV. Una catástrofe inútil: la sacudida monetarista.

Es entonces en un ambiente moroso pero no desalentador, y cuando la producción industrial en relación a 1970 había progresado en Alemania e Inglaterra en 30%, en los Estados Unidos y en Francia en cerca de 40%, en un 45% en Japón, que se produce la segunda sacudida petrolera. Los "once dólares por barril" de la primera habían sido reabsorbidos ampliamente por el sólo juego de la inflación mundial: los términos del intercambio "petró-

Cuadro IV  
Niveles de productividad per cápita en las ramas manufactureras en 1980.

	Francia	RFA	(base 100 = Estados Unidos)	
			Reino U.	Japón
• Ramas metálicas . . . . .	62	64	28	122
• Siderurgia-metalurgia . . . . .	70	91	38	137
• Construcción mecánica . . . . .	71	65	27	117
• Material eléctrico y electrónico . . . . .	50	40	26	135
• Material de transporte . . . . .	55	55	21	94
• Ramas no-metálicas . . . . .	73	70	47	59
• Materiales de construcción . . . . .	71	76	38	47
• Textiles . . . . .	64	69	46	48
• Madera-Papel y otros . . . . .	63	67	42	66
• Química . . . . .	78	79	46	101
• Agro-alimentario . . . . .	76	48	54	43
• Industria manufacturera . . . . .	69	67	38	90

Las evoluciones relativas son rápidas en esta rama. Así, en 1981, el Japón superó a los Estados Unidos (nivel relativo: 101).

Fuente: CEPII (1983 B).

leo contra productos del mundo industrial" habían vuelto al nivel de finales de la guerra de Corea, es decir al punto de partida del crecimiento fordista. El aumento a 34 dólares el barril replantea de manera brutal el molesto problema de la renta petrolera. ¿Se trata de una vuelta a 1974?

No, y no resulta muy simple comprender por qué. Todo va a ocurrir, en efecto, de manera muy diferente, como si las clases dominantes no creyeran ya, o no pudieran creer más, en el keynesianismo.

#### a) Un ajuste recesivo en la segunda sacudida petrolera

Los historiadores del futuro discutirán largo tiempo sobre los encadenamientos que de la segunda sacudida petrolera condujeron al impacto monetarista de 1981. Las restricciones objetivas se acumularon desde la primera sacudida, disminuyendo los márgenes de juego keynesianos: déficit comercial amenazador en Francia y en Gran Bretaña, deuda

pública acumulada en Estados Unidos, en RFA y en Japón (Le Dem y Pisani-Ferry, 1984). Además, la centralización capitalista internacional se acrecentó con el entrecruzamiento de los flujos financieros entre las economías industriales, flujos esencialmente destinados a la fusión, a las compras de empresas competidoras, unas por parte de otras: es lo que Madeuf, Michalet y Ominami (1984) llaman "inversiones sin acumulación". La complementariedad de esas economías se agravó entonces, y así se restringió la posibilidad de políticas keynesianas autónomas: la "configuración estancacionista europea" se amplió y profundizó.

Pero, tal vez más profundamente, las élites mundiales, los jefes de empresas y hombres políticos que habían animado la Comisión Trilateral, renunciaron a creer en el keynesianismo internacional. Los defectos de ese régimen eran evidentes:

Si la "red de seguridad" de la regulación monopolista en el Norte, impedía la depresión, ella obstaculizaba también el redespigüe hacia nuevas normas de producción y de consumo, por la rigidez que ella confería a la mano de obra y a la asignación del capital entre las ramas.

La moneda de crédito internacional, como toda moneda de crédito, estaba fundada sobre la apuesta de que el régimen de acumulación iba a recuperarse, que el país que emita dicha moneda (los Estados Unidos) podría incondicionalmente ofrecer la contrapartida en mercancías competitivas de los signos monetarios emitidos, que los países endeudados del fordismo periférico encontrarían en el Norte bastantes mercados para reembolsar sus deudas.

Hacia fines de los años setenta, está claro que ni uno ni otro eran verdaderos. El crecimiento sigue siendo mediocre, los aumentos de productividad continúan disminuyendo su ritmo y el capital *per cápita*, su aceleración, la moneda estadounidense es

cada vez más cuestionada y ve diluirse su poder de compra internacional.

La hegemonía lograda por coaliciones monetaristas o simplemente menos keynesianas (en Inglaterra con la victoria de los conservadores, en Estados Unidos con la llegada de Volker al frente de la FED antes de la de Reagan a la presidencia, en la RFA con la hegemonía de los liberales en la coalición de centro-izquierda, en Francia con la plena aplicación del "barrismo",<sup>12</sup> después de la derrota de la izquierda en 1978) es el reflejo de una constatación de impotencia. Sólo por la fuerza del vacío se reimpusieron las ideas del liberalismo: el simple juego de las fuerzas del mercado seleccionará a las empresas que emplean procedimientos avanzados, eliminará las escorias del pasado, reconstituirá la compatibilidad de los comportamientos.

Desde 1980, la inflexión es muy clara: la RFA y Francia imponen a sus asalariados un ajuste depresivo frente a la sacudida petrolera, que disminuye en 5% la producción industrial. La Gran Bretaña eligió de manera clara, desde 1979, el monetarismo: volveremos a esto. La FED de Volker intenta aplicar la misma política, con los mismos resultados (una caída de 7%), rápidamente borrados frente a los plazos electorales. Sólo Japón registra una aceleración del 10%, a través de un golpe de póker que su proteccionismo y la eficacia de su aparato exportador le permiten: él deja caer su moneda. Pero incluso el crecimiento japonés será quebrado por una tercera sacudida: la monetarista.

#### b) La catástrofe monetarista.

Con la llegada de Reagan a la presidencia, los Estados Unidos se unen a Gran Bretaña en el campo del

<sup>12</sup> De Raymond Barre, primer ministro del presidente Giscard D'Estaing.

monetarismo extremista. Cortando los gastos del Estado-providencia, y bloqueando la "pseudo-validación" a crédito de los valores en proceso, fundados sobre el régimen de acumulación fordista (cortando la emisión de moneda de crédito), esas dos coaliciones anulan en pocos meses el crecimiento de los cinco años precedentes en su propio país. Al hacerlo, ellos inician una reacción en cadena bastante compleja (Aglietta y Brender, 1982; Lipietz, 1983, d). No solamente por el mecanismo "austeridad-internacionalización", ellos condenan a todos los otros países a abandonar la administración socialdemócrata de la crisis (incluida la Francia de F. Mitterrand; Lipietz, 1984), sino que también, al hacerlo, desecan (haciendo desaparecer los excedentes de la OPEP, a través de la recesión mundial que provocan), la creación de moneda de crédito internacional. El crédito se vuelve escaso y caro, la demanda mundial registra una contracción acelerada de la demanda mundial: el fordismo periférico se ve en la capacidad de reembolsar sus deudas.

Aquí es necesario subrayar que resulta difícil imputar la quiebra de los NICs (en particular los de América Latina) a la misma sacudida petrolera. De igual orden de magnitud que la primera (en términos de modificación de las relaciones de intercambio), él debería haber tenido el mismo efecto. Por el contrario, la "tasa de interés real para los países en desarrollo" (es decir la tasa del eurodólar deflacionada por el precio de sus exportaciones, incluidas las de la OPEP), que había caído a -30% en 1974 (a causa del alza del petróleo) y había oscilado alrededor del 0% de 1975 a 1978, sólo recae a -10% en 1979, pero sube a más 20% en 1981 y 1982! A esto se agrega, decisiva, la contracción de la demanda mundial.

Sin embargo, la propia inminencia de la quiebra de los NICs, unida a la multiplicación bien tangible

de las quiebras en cadena en los principales países industriales y en particular en los Estados Unidos (Lipietz, 1983 A), comienza a partir de julio de 1982, a inquietar de manera fuerte a la administración estadounidense, que suaviza la restricción monetaria. Demasiado tarde: en agosto, México se declara en cesación de pagos, dando así la señal de una insolvencia generalizada. Se está al borde del "crack" financiero mundial (Berger, 1984). La administración Reagan rechaza entonces el monetarismo, ordena al sistema bancario mundial aceptar un reescalonamiento general de la deuda del Tercer Mundo, y se alinea brutalmente en el terreno interno, al viejo keynesianismo, en un estilo caso kennedysta. "Tax-cuts" y crecimiento de los gastos militares provocan un déficit gigantesco del presupuesto financiado a ventanilla abierta por el Banco Federal. Un auge logrado principalmente a través del consumo de las familias (especialmente en la construcción de viviendas), restablece en un año (el año 1983) la industria estadounidense al nivel de 1979. El considerable déficit exterior que resulta de ello, interrumpe la recesión en los países de la OCDE, con una recuperación impulsada por la exportación, en el Japón, y por el consumo y la vivienda, en Alemania.

Pero la emisión de crédito se mantiene limitada a las necesidades de la administración estadounidense. La recuperación es insuficiente para reconstituir los excedentes de la OPEP. Los NICs, arruinados (salvo los de esfera japonesa), no reembolsan sus deudas y los mecanismos multiplicadores de creación de xeno-dólares siguen detenidos. El dólar se mantiene escaso y caro en el exterior de los Estados Unidos. La sacudida monetarista está lejos de ser absorbida.

En cuanto a sus efectos positivos, incluso en los Estados Unidos, ellos siguen siendo dudosos. La recuperación no se funda en un nuevo modelo de de-

sarrollo: es la vuelta a los años setenta. Ciertamente, la inflación aminó considerablemente su ritmo, a causa de la baja interior de las importaciones, y a través de los aumentos de productividad de corto plazo debidos a la sobrevaluación del dólar, fundada sobre el poderío estadounidense, como a fines de los sesenta, puede registrar al igual que en 1971, un nuevo desmoronamiento. Y la contracción de las industrias tradicionales como el automóvil, si bien permitió una fuerte racionalización, no anuncia de manera evidente la posibilidad de un nuevo crecimiento fundado sobre las nuevas tecnologías. Es este punto el que vamos a examinar para terminar, de manera necesariamente abstracta.

#### V. A manera de conclusión: dos salidas plausibles de la crisis

Algunos meses antes de su muerte, el futurólogo Herman Kahn identificaba la recuperación estadounidense de 1983 con el arranque de un nuevo ciclo de Kondratieff, ascendente hasta el año 2000. No hemos llegado a ésto. Sólo sabemos que la pendiente que une a los dos últimos "puntos bajos" (1975-1982) es casi horizontal, e ignoramos si la línea que uniría 1979 con el próximo "punto alto" (¿1984? ¿1985?) será al menos tan ascendente como la precedente (2.5% entre 1973 y 1979: ver la gráfica 1).

La hipótesis de un nuevo Kondratieff se funda sobre la aparición de nuevas ramas alrededor de la revolución informático-electrónica. Se evoca así la formación de un nuevo "centro de la economía-mundo" en torno al Pacífico. Pasemos sobre la extraña topología de ese centro. Si se diera un nuevo Kondratieff allí, no podría relegar a su periferia a la Nueva Inglaterra, ni tampoco a algunas regiones

muy activas de la vieja Europa. En realidad, pareciera que una "configuración virtuosa" une hoy a Japón y a los NICs asiáticos con el motor de la recuperación de los Estados Unidos. Pero es necesario subrayar de entrada la fragilidad de esta recuperación: fundada sobre inmensos déficits públicos (en Estados Unidos y Japón) y exteriores (en los Estados Unidos) y que sólo se mantiene bombeando los capitales del resto del mundo, gracias a tasas de interés reales sin precedentes, ofrecidas en los Estados Unidos. Extracción que frena la recuperación en Europa, mantiene a América Latina en la recesión, precipita a parcelas enteras del Tercer Mundo en el hambre y la muerte. Ningún círculo virtuoso global ha aparecido todavía.

De manera más profunda, es necesario reflexionar sobre lo que aporta verdaderamente la "revolución electrónica". Ya que entre la tecnología y el modelo de desarrollo, hay una serie de eslabones, las relaciones sociales. De la tecnología a la implementación técnica: *las relaciones de producción inmediata* (¿quién decide?, ¿cómo se organiza el colectivo de trabajo?), de la producción a la economía: *las relaciones socio-económicas de conjunto* (¿habrá bastantes consumidores, inversionistas?, ¿para producir qué?, ¿para garantizar qué forma de pleno empleo?). Dicho de otra manera, queda por inventar un nuevo régimen de acumulación, y un modo de regulación, en particular de la relación salarial (o de otras relaciones de producción, ¿por qué no?). También es necesario que ese modelo de desarrollo sea compatible con una nueva *configuración internacional*. Examinemos brevemente esas tres series de problemas.

¿Qué aporta la informática? No tanto aumentos de productividad por segundo de tiempo-máquina utilizado, sino esencialmente dos cosas: la posibilidad de utilizar a *tiempo completo* las máquinas de

un taller y volver a dicho taller *flexible* (Coriat, 1984). Un taller fordista, fundado sobre la doble especialización de las máquinas y los hombres, utiliza muy mal su tiempo: esperas entre dos operaciones, reservas intermediarias que se acumulan, imposibilidad de equilibrar los turnos de trabajo. . . La administración automática del taller permite un salto hacia adelante de la fluidez del proceso productivo: cada pieza llega a su lugar en el momento en que es necesaria, y los actos elementales se encadenan de la manera más justa posible. Este es el gran yacimiento de rentabilidad que aporta aquí la informática. Resulta costosa en inversiones iniciales: redes de carros teleguiados, computadoras centrales y periféricas, etcétera, pero ellos son utilizados bajo un régimen total.

Pero eso no es todo. La electrónica vuelve sobre todo *flexibles* a los sistemas de máquinas. Hace tiempo que el principio automático entró en la fábrica, que los hombres fabricaron máquinas que imitaban solas sus propios gestos, como las cadenas-transferecia de la fábrica de automóviles, o los talleres de prensa. Pero esas enormes instalaciones sólo sabrán hacer una serie de gestos para sacar siempre el mismo producto. El robot puede adaptarse, cambiar herramientas, pasar de una tarea a otra a través de una rápida reprogramación. El taller robotizado puede entonces adaptarse a una demanda fluctuante, saltando de pequeñas series en pequeñas series.

Primera bifurcación: dos ejes de evolución se abren a la reorganización posfordista del proceso de trabajo. La automatización de la administración del proceso de producción abre la tentación de llevar incluso más lejos la escisión entre la concepción teórica del proceso y los gestos de ejecución del trabajador colectivo. Los obreros-operadores se convertirían entonces en simples conductos de carne en el proceso automatizado. Esa es la vía en la

que se comprometen mayoritariamente los Estados Unidos y algunas fábricas europeas. Por el contrario, la automatización puede suscitar una recalificación parcial del colectivo obrero al ser movilizado el saber práctico de operadores en tiempo real en el propio proceso de automatización, así como en la regulación permanente de los dispositivos. Es la vía que parece seguir mayoritariamente el Japón y otras fábricas europeas. Esta bifurcación es el lugar de una inmensa batalla social, cuya implicación es la negociación de un nuevo compromiso social entre la involucración de los trabajadores y la repartición de los nuevos aumentos de productividad.

Ya que —y es ésta una segunda bifurcación— es necesario saber a qué, para qué servirán los aumentos de productividad. La primera variante del modelo posfordista movilizará todavía más capital fijo que el fordismo que envejecía. Los aumentos de productividad serán reservados a las ganancias, y la demanda final no se ampliará. La "flexibilidad" misma de los procesos informatizados garantiza la rentabilidad de inversiones masivas, a través de una sucesión de pequeñas series de productos, destinadas al consumo segmentado y versátil de una clientela de clase acomodada. Pero esos aumentos de productividad sin ampliación del consumo de masa, provocarán el crecimiento del desempleo y el riesgo de una tripartición de la sociedad: una clase dominante que se beneficie de los nuevos "aparatos superfluos" de la revolución electrónica, un núcleo estable pero restringido de asalariados permanentes, una masa creciente de trabajadores cada vez más precarios, que gozan de una protección social muy debilitada y con acceso transitorio a empleos terciarios durante los movimientos de recuperación coyunturales. Tal parece ser, una vez más, la vía actualmente seguida por los Estados Unidos. La otra vía es la repartición negociada de los aumentos de

productividad, con un acceso masivo a los bienes de consumo que exigen *tiempo de consumo*: aparatos culturales ópticos y acústicos, computadoras domésticas, etcétera. Esos bienes poco costosos (en relación al automóvil) exigen un reparto de los aumentos de productividad en el sentido de una reducción masiva de la duración del trabajo.

Naturalmente, un modelo de desarrollo fundado sobre la extensión masiva de la actividad extra-salarial (esparcimiento, creación, enriquecimiento intelectual) corre el riesgo de ser poco competitivo (en términos de costo salarial-hora) en relación a un modelo fundado sobre la intensificación del trabajo sin repartición de los aumentos de productividad. Entonces se abren nuevamente dos vías. O bien la lucha sin fin por la hegemonía o al menos por el equilibrio comercial, a golpes de "estancamiento competitivo": y el mundo entrará en un nuevo periodo largo escandido por ciclos cortos (*stop and go*), al ritmo de las decisiones por la "expansión" o el "saneamiento" de la potencia hegemónica. Guerra comercial permanente, que puede volverse desagregación conflictiva de la economía mundial. O bien formas institucionales internacionales serán instauradas, garantizando, en el mejor de los casos, la adopción conjunta de una variante del segundo modelo por las partes beneficiadas (normas de tiempo de trabajo y de salarios internacionales, etcétera), al menos el desacoplamiento de las naciones (o comunidades de naciones) que adoptarán tal modelo de desarrollo, en relación a aquellos que adoptarán un modelo productivista o competitivo (proteccionismo fundado sobre criterios sociales, control directo de las balanzas comerciales por cuotas sobre los flujos, etcétera).

De manera muy concreta, la forma como será solucionado el problema de la deuda del Tercer Mundo aportará indicaciones decisivas. Prácticamente,

la crisis de 1982 fue resuelta por una moratoria de tres años en promedio, imponiendo además el FMI un "ajuste" del régimen de acumulación de los NICs dirigido hacia mayores exportaciones, es decir en realidad una "austeridad" que empuja a las nuevas capas medias hacia la pobreza, a los obreros hacia la miseria, a los desheredados a la muerte. Tenemos aquí una ilustración, al nivel de las relaciones internacionales, de la primera variante, que se ve así muy próxima de lo que profetizaba Jack London en *El talón de hierro*. La deuda perpetua sería un medio para mantener al Tercer Mundo industrializado dentro de su papel de taller miserable destinado a la producción de los bienes fordistas o intermedios que se han vuelto banales, mientras que una minoría en los países desarrollados tendría acceso a la "civilización postindustrial".

La otra alternativa implica una anulación de hecho de la deuda del Tercer Mundo, ya sea que ella haya pasado por ganancias y pérdidas (como las deudas rusa y alemana en el periodo entre guerras), ya sea que los fondos prestados estén consolidados, duraderamente congelados como los de un accionista. La emisión y la distribución gratuita de moneda internacional permitiría entonces la reactivación de los países del fordismo periférico en una vía más autónoma, sobre un régimen de acumulación más autocentrado.

Sin hablar incluso de una salida no-capitalista (o apocalíptica) de la crisis, se abren dos vías, a cada problema planteado, por una salida capitalista de la crisis: una vía represiva de un nuevo tipo, una vía socialdemócrata de un nuevo tipo. ¿Es necesario recordar que, en los años treinta, nazismo y *New Deal* ofrecían ellos también dos salidas a la crisis? ¿Y que se necesitaron huelgas, revueltas, una guerra, inmensas conmociones en el planeta, para que se impusiera una variante de la segunda vía?

### Bibliografía

- Aglietta, M. *Régulation et crises du capitalisme*. Caimann-Levy, Paris, traducción inglesa, 1979, N.L.B.
- Aglietta, M., Brender, A. *La configuration mondiale des années quatre-vingt: les risques d'une déflation généralisée*. C.E.P.I.I., mimeo, 1982.
- Aglietta, M., Brender, A. *Les métamorphoses de la société salariale*. Caimann Levy, Paris, 1984.
- Arrighi, G. "Une crise d'hégémonie" in var. auct., *La crise, quelle crise?* F. Maspéro, Paris, 1982.
- Bertrand, H. "La croissance française analysée en sections productives", *Statistiques et Etudes Financières*, Série Orange, no. 35, Paris, 1978.
- Berger, O. "Le système bancaire international: au bord de la faillite et au coeur de la crise", *Critiques de l'Economie Politique* no. 26/27, 1984.
- Boyer, R. "Déterminants et évolution probable de la productivité et de l'emploi: un essai de synthèse de travaux récents", *CEPREMAP* no. 7922, 1979.
- Boyer, R. "Origine, originalité et enjeux de la crise actuelle en France: une comparaison avec les années trente", in *La crise économique et sa gestion*, Boréal Express, Montréal, 1982.
- Boyer, R., et Mistral, J. *Accumulation, inflation et crise*, P.U.F., Paris, 1979, 2a. edición, 1983.
- Boyer, R., Petit, P. "Politique industrielle et impact sur l'emploi: les pays européens face à la contrainte extérieure", *Revue d'Economie Industrielle* no. 27, Enero-Febrero, 1984.
- Bowles, S., Gordon, D., Weiskopf, T. "The social structure of accumulation and the profitability of the post-war US economy", 1983, no publicado.
- De Brunhoff, S. *Etat et Capital*, F. Maspéro, Paris, 1976.
- C.E.P.I.I., *Economie mondiale. la montée des tensions*, Económica, Paris, 1983A.
- C.E.P.I.I. "Dualité, change et contraintes extérieures dans cinq économies dominantes", *Economie Prospective Internationale* no. 13-14, 1983B.
- Chavance, B. "Les formes actuelles de crise dans les économies de type soviétique", *Critiques de l'Economie Politique* no. 26/27, Enero, 1984.
- Coriat, B. *L'atelier et le chronomètre*, Paris, Bourgois, 1979.
- Coriat, B. "Crise et électionisation de la production: robotisation d'atelier et modèle fordien d'accumulation de capital", *Critiques de l'Economie Politique* no. 26/27, Enero, 1984.
- Leborgne, D., Lipietz, A. "Est, Ouest: deux modes de régulation du capitalisme", *Reflets et perspectives de la vie économique* no. 4, Bruxelles, 1983.
- Le Dem, J., Pisani-Ferry, J. "Crise et politiques économiques dans les grandes économies industrielles: permanence et changement", *Critiques de l'Economie Politique* no. 26/27, Enero, 1984.
- Lipietz, A. *Crise et inflation. pourquoi?* F. Maspéro, Paris, 1979.
- Lipietz, A. "Vers une mondialisation du fordisme?", 1981, En inglés. "Towards global fordism?" *New Left Review* no. 132, 1982.
- Lipietz, A. "Derrière la crise: la tendance à la baisse du taux de profit", *Revue Economique* no. 2, Marzo, 1982.
- Lipietz, A. *Le monde enchanté. De la valeur à l'envol inflationniste*, F. Maspéro-La Découverte, Paris, 1983A, Traducción inglesa en curso.
- Lipietz, A. "Le fordisme périphérique étranglé par le monétarisme central", *Amérique Latine* no. 16, Diciembre, 1983B.
- Lipietz, A. *L'audace ou l'enlèvement*, La Découverte, Paris, 1984A.
- Lipietz, A. "New tendency in the International Division of Labor: Regimes of Accumulation and Modes of Regulation", in *Production, Work, Territory*, Scott and Storper ed., 1984B, a publicarse.
- Madeuf, B., Michalet, C. A., Ominami, C. "D'une crise internationale à une crise mondiale", *Critiques de l'Economie Politique* no. 26/27, Enero, 1984.
- Mistral, J. "Compétitivité et formation du capital en longue période", *Economie et Statistique*, 1977.
- Pérez, C. "Structural changes and assimilation of new technologies in the economic and social systems" *Futures*, Octubre, 1983.